

Su quest'ultima e sul franchismo, la posizione di Scalfaro è più in sintonia con l'orientamento della gerarchia ecclesiastica dell'età di Pio XII o con quella post-conciliare?

In un'intervista sui rapporti tra fede e politica e sul molo dei cattolici nella politica italiana rilasciata dal non ancora Presidente nel 1987 al mensile generalmente considerato prossimo all'Opus Dei, "Studi cattolici", si può leggere di «un momento — io sono polemico ancora adesso — in cui alti personaggi della Chiesa dissero: siamo per il disimpegno in politica. Questo atteggiamento è stato un grave errore, perché un conto è che la Gerarchia si politicizzi e altro è che la Gerarchia rinunci a preparare cristiani che possano rendere testimonianza nella vita pubblica, che si mettono al servizio della gente nella vita pubblica». Più avanti ricorda con orrore che nella sua diocesi, in occasione del referendum sul divorzio, vennero resi pubblici elenchi di cattolici, aperta da nomi di sacerdoti, che si erano schierati per il "no" all'abrogazione della legge. E, in riferimento ad analoghe posizioni, definisce "desolante" la testimonianza resa da settori importanti del mondo cattolico. Quelli che con espressione impropria, ma entrata nell'uso, venivano chiamati negli anni settanta "cattolici democratici" (*Da cristiani in politica*, intervista raccolta da Nicola Guiso, in "Studi cattolici", 1987, n. 351, pp. 651-658).

Si può ritenere indebito l'accostamento di giudizi su circostanze indubbiamente diverse e distanti. Eppure c'è un filo che li unisce. Se quanto esposto in precedenza ha un qualche fondamento, non è fuori luogo ipotizzare che attraverso le parole del Presidente Scalfaro sia giunta a Madrid anche l'eco delle resistenze di ampi settori del cattolicesimo italiano a rivisitare autocriticamente le versioni della guerra civile come legittima crociata e del franchismo come "male minore".

5. Scalfaro en Madrid... y aquella metedura de pata

Luis de Llera

Del dicho al hecho va mucho trecho, pero también del decir al mentir. En efecto el presidente de la República italiana Oscar Luigi Scalfaro ha pronunciado durante su visita en España una frase que sin duda no puede considerarse dictada por la prudencia diplomática, pero tampoco emitida en nombre de la mentira, ni de la falsedad histórica.

Hablar mucho en público con discursos no siempre preparados de antemano y sin supervisión de un consejero político puede llevar a exclamar sentencias no deseadas, expresiones no calculadas, a incoherencias entre el concepto y el término. Además a finales de junio en Madrid el termómetro de la temperatura puede jugar malas pasadas. Otras muchas disculpas podríamos añadir para justificar a Scalfaro y sacarlo del momentáneo atolladero político donde los prejuicios históricos y el afán escandalístico de nuestra época le han

metido durante varios días. Sin embargo como no soy defensor de oficio, ni conozco la psicología del presidente, ni su capacidad de resistencia al calor, me limitaré a enjuiciar las frases-escándalo desde la perspectiva de la historia y desde las circunstancias — las de hoy — en las que fueron pronunciadas, intentando ser profesional de oficio y no de beneficio.

La polvareda— con fuerza de ciclón para los historiadores y de simple vientecillo para los políticos — nació de las siguientes palabras del presidente italiano: «Si en España y en Italia se obscureció o se apagó la llama de la libertad, entre vosotros venció la prudencia de salvar al pueblo español de la tragedia de la última guerra; desgraciadamente nosotros no podemos decir lo mismo». El texto italiano, que hemos traducido anteriormente, rezaba así: «Se in Spagna e in Italia si oscurò o si spense la fiaccola della libertà, da voi vinse la saggezza di salvare il vostro popolo dalla tragedia dell'ultima guerra; purtroppo non da noi».

Sin entrar en argumentos de fondo, emerge un hecho indiscutible: España, al contrario de Italia, no participó en la segunda guerra mundial. El presidente, en este caso, no ha hecho más que comentar, repetir lo ya sabido y vivido. Las consecuencias de tal decisión — participar o no en la guerra — aparecen evidentes para ambas naciones y para sus respectivos regímenes. Mussolini, a pesar de la resistencia de algunos sectores del régimen, se dejó arrastrar por Hitler en una guerra desastrosa. Decenas de millares de italianos dejaron sus vidas en Grecia, en el norte de Africa, en Yugoslavia y en Rusia. Muchos de ellos cayeron prisioneros sin que los gobiernos postfascistas — monárquicos y republicanos — lograran, en muchos casos, la liberación, muriendo en condiciones penosas en campos de concentración; sobre todo en Rusia y en Yugoslavia. En cambio, el número de españoles que sucumbieron en el frente de Leningrado, encuadrados en la División Azul, resulta en proporción insignificante.

No podemos olvidar otra realidad, no menos importante, en la cual probablemente no pensó Scalfaro al pronunciar las fatídicas palabras. Me refiero a que la entrada en guerra costó al régimen de Mussolini el descalabro total y, como consecuencia, la pérdida del poder. Franco, en cambio, logró mantenerse fundamentalmente por el hecho de no haber entrado en guerra. Conservó intacto el ejército, cada vez peor armado con el pasar de los años pero suficiente para evitar cualquier tipo de insurrección.

Seguramente Scalfaro no se refirió en Madrid a esta elocuente diferencia, ya que en lugar de avalar la tesis de la prudencia franquista hubiera conseguido solamente aumentar la metedura de pata. Pero el resultado de tal decisión sí cambió los rumbos de cada país y — lo que nos importa más aquí — ha tramandado una memoria histórica muy dispar.

La derrota del fascismo y el nacimiento de la república, basada en los valores de contraposición al régimen de Mussolini, ha propiciado una historiografía absolutamente contraria. El fascismo como memoria histórica se ha asociado sobre todo con los años de alianza con Hitler, que fueron los de mayor dureza y lo que llevaron a Italia a la disolución nacional. Hasta hace relativamente pocos años todo trabajo sobre el fascismo partía de un juicio esencialmente negativo, sea sobre el régimen en su conjunto que en sus aspectos parciales de actuación política. Para estudiar la historia reciente era imposible prescindir de valoraciones de repulsa al régimen de Mussolini. Se llegó al punto de considerar el grado de bondad de un partido o de una propuesta política en relación con el grado de mayor o menor oposición al fascismo.

El mantenimiento en el poder de Franco durante muchos años, una vez desaparecidos Hitler y Mussolini, lo convirtió en el punto de referencia y en el ejemplo viviente de la persistencia fascista en Europa. Por eso hoy existe en la historiografía de izquierda un espíritu más antifranquista que antimussoliniano. Incluso más: actualmente la izquierda historiográfica se compacta contra Franco, mientras empieza a olvidarse de las otras dos dictaduras, la alemana y la italiana. Se comprende por la cercanía temporal y, en parte, por haber sido Franco el único dictador superviviente a la guerra mundial. En pocas palabras, el franquismo es más reciente y provoca rabia por haberse extinguido de modo natural; es decir sin una insurrección, revolución o coalición que hubiese acabado violentamente con él. Morir en la cama de un sanatorio después de muchos meses de enfermedad, sin una estructura de partido a la espalda y con un ejército obediente ya en 1975 al entonces príncipe Juan Carlos, ha creado impotencia y rabia.

Todo esto es verdad, pues no conociendo bien la historia del franquismo, su evolución, los equilibrios internos de poder, los pactos bilaterales con Estados Unidos, el valor de la guerra fría etc., el hecho de enraizarse en el poder durante cuarenta años produce desasosiego en los ánimos de los más acérrimos antifascistas; sin embargo hay que tener en cuenta que la afirmación del régimen, a guerra mundial concluida, produjo también una historiografía favorable que no sólo sacó la cara por los vencedores de la guerra civil, silenciando la represión y los ultrajes a la libertad, sino que además denigró a los vencidos, reos de una política ineficaz durante la Segunda República y autores de una persecución durante el conflicto que no salvó ni a cirios ni a troyanos, ni a derechistas, ni anarquistas, ni a trostkistas.

El régimen de Franco, continente sin contenido, evolucionó hacia formas políticas que imitaban el capitalismo. Este elemento fue determinante, porque la lógica del mercado venció la batalla a un sistema político que se definía sólo por negaciones. En tal ausencia ideológica se llegó a una modalidad política nueva: a una dictadura preocupada por mantener el poder, pero arrastrada por todos los fenómenos sociales, económicos y culturales de la Europa democrática. La España de finales de los 60 estrena ley de prensa, economía de mercado, pequeña, media y grande burguesía industrial, intelectualidad que escri-

be a favor del marxismo en revistas de filosofía, en los estrenos teatrales etc.; sus jóvenes invaden las discotecas y las playas, codo a codo con sus coetáneos del resto de la Europa democrática. Para decirlo en términos coloquiales pero indicativos del estado de aquella sociedad: la España de los años 60 opera su “destape” y con él crea su “movida”.

Probablemente el presidente Scalfaro no haya participado nunca de ese destape ni de esa movida, pero sabía que algunos ministros de aquellos gobiernos del último franquismo no eran, en muchos casos, antidemocráticos. Eran católicos como él. Algunos de ellos también simpatizaban — cuando no eran afiliados — con el Opus Dei, institución religiosa a la que Scalfaro defendió algunos años después en el Parlamento italiano, siendo él ministro de la gobernación.

El franquismo, a pesar de los pesares, contó con defensores durante la larga guerra fría — década de los cincuenta, sesenta y setenta — en base a los dos factores enunciados: la victoria de las armas y la evolución económico-política. Ciertamente tales elementos influenciaron muy poco — al contrario, agravaron — la conciencia política de la izquierda marxista y radical-burguesa, pero ablandaron la de la derecha democrática y, sobre todo, la liberal-católica, que no podía ver con los mismos ojos, por ejemplo, el régimen de Tito que el de Franco. Ambos habían dado pruebas de independencia política respecto a la internacional comunista y a la internacional fascista respectivamente, pero mientras el primero imponía, en muchos aspectos, la dura y oprimiente política estaliniana, el segundo había pactado con la iglesia en materia de prensa, de enseñanza, administración, etc. Y a pesar de las muchas fricciones existentes entre las instituciones eclesiásticas y el Movimiento, la mayor parte de la jerarquía católica regalaba a Franco reconocimiento y amistad.

No hay motivos para poner en duda la fe democrática de Scalfaro, ni para pensar que para dar lecciones de democracia haya que estar afiliado a un partido de izquierda y simpatizar más por Peppone que por don Camillo. Muchos católicos dieron pruebas inequívocas de defender el régimen parlamentario desde su fundación. Muchos conocieron el exilio franquista, como antes el fascista. Las pocas brigadas del frente de liberación antifascista que realmente entraron en combate contaron entre sus filas con numerosos católicos. La oposición al franquismo nació en el mundo católico; concretamente en las organizaciones juveniles de la Acción Católica. Y cuando el franquismo aflojó la tensión y la huelga llegó a ser casi admitida, los católicos estuvieron en primera fila. Y a la hora difícil de las citas comprometidas en alguna calleja, en casas particulares o, incluso, en la plaza abierta de frente a la Gristapo — así llamábamos entonces a la policía franquista — los jóvenes católicos antifranquistas de la Hoac o del naciente, entonces en España (inicio años 70), Movimiento de Comunión y Liberación, acudían siempre, a veces con la sorpresa de no hallar en el punto convenido a sus compañeros del Pce que, a última hora, gracias a algún soplo, habían recibido contraorden.

Estas consideraciones pueden llevar a pensar en una comparación entre dos dictadores con resultado favorable para Franco. O, si preferimos, a justificar a Scalfaro por haber reconocido para con el caudillo una cualidad política de la que careció Mussolini. No nos interesa entrar en este tipo de casuística. Las dictaduras son dictaduras y los hombres que las sufrieron arrastrarán siempre sus huellas imborrables. Sin embargo, la fe política no depende solamente de una denominación. El mal total o metafísico no se encama en ningún político. Sus acciones se juzgan por los resultados y no sólo por las intenciones o procesos psicológicos interpretativos basados, por lo general, en prejuicios hueros e inamovibles.

Sobre la entrada en guerra de España la bibliografía disponible nos ha ofrecido diferentes versiones. Sin embargo sobre algunos hechos nadie ha dudado: el 4 de septiembre de 1939, al día siguiente del inicio de la segunda guerra mundial, Franco decretó que todos los españoles debían guardar la más estricta neutralidad; el 12 de junio de 1940, dos días después de que Mussolini entrara en la contienda, Franco pasó de la “neutralidad” a la “no beligerancia”, término significativo de que Franco, si bien no había entrado en guerra junto a Alemania e Italia, consideraba favorablemente su causa. El 23 de octubre del mismo año tuvo lugar la famosa entrevista de Hendaya, en la frontera franco-española, entre Franco e Hitler. Muchas han sido las versiones que los historiadores han ofrecido del famoso encuentro. Por una parte el Führer consideraba clave para el control del Mediterráneo (guerra de Africa, desembarco americano etc.) la base militar de Gibraltar y puntos estratégicos en las costas andaluzas. Resultaba evidente que Hitler no podía confiar al maltrecho ejército español, apenas salido de la guerra civil, el mando de la zona. Se hacía necesario, pues, la entrada del ejército alemán en los puntos claves del sur de la península. Sea lo que sea las tropas alemanas jamás entraron en España, ni tomaron a su cargo las zonas estratégicas.

Otro hecho importante: en julio de 1941 unos 18.000 soldados españoles — la mitad aproximadamente de voluntarios — cruzaba la frontera de los Pirineos camino del frente ruso. Franco, en los días siguientes, habló ante el Consejo Sindical — uno de los máximos organismos del régimen — sobre el error de las potencias aliadas de haber entrado en guerra aliándose con Rusia. El Caudillo daba por segura la victoria alemana. El 14 de febrero de 1942 sus palabras fueron mucho más explícitas: «Si hubiera un momento de peligro, si el camino de Berlín..., no sería una división de voluntarios españoles lo que allí fuera, sino que sería un millón de españoles los que se ofrecerían». Sin embargo cuando tropas inglesas y americanas invadieron el Marruecos francés, a pocos pasos de las posesiones españolas en el norte de Africa, el ejército español no salió de sus cuarteles. En fin, en 1943 Franco abandonó la “no beligerancia” para pasar de nuevo a la “neutralidad”.

Los cambios de actitud de Franco ante la evolución de la segunda guerra mundial han sido explicados de modos diferentes e, incluso, opuestos. Hasta hace relativamente poco tiempo la opinión común defendía la tesis de que Hitler pidió a Franco en Hendaya la entrada en guerra o, por lo menos, el permiso de que sus tropas controlasen el paso del Mediterráneo y del Atlántico. Según la misma interpretación el Caudillo contestó que para la declaración de guerra a los aliados exigía el equipamiento de su ejército, cantidades enormes de material para la reconstrucción del país y géneros de alimentación de todo tipo para contentar a un pueblo herido y desmayado. Además solicitaba, en caso de victoria, buena parte de las colonias francesas en el norte de Africa, sabiendo que la aceptación alemana llevaría consigo la oposición total del gobierno de Vichy, es decir del gabinete Petain, aliado de Alemania. Resultaba improbable que Hitler cediera a peticiones tan elevadas y comprometidas para su política de alianza. Franco estaba seguro, según las mismas tesis, que Hitler prefería el apoyo de Petain al suyo, considerando la importancia estratégica de la Francia no ocupada. Además existían motivos de carácter histórico y psicológico, pues mientras Francia era considerada una potencia, a pesar de la derrota relámpago contra Hitler, como demostraba la historia contemporánea y la misma primera guerra mundial, en la que el dictador alemán había participado, España era un país pobre, que no había logrado mantener el imperio colonial y que desde hacía tantos decenios carecía por completo de una política exterior.

Por mi parte quiero subrayar que cuando Hitler exigió a Polonia Dantzig — petición que llevaría al estallido de la guerra — Franco comunicó a Alemania, a través de su entonces ministros de exteriores, coronel Beigbeder, que no consideraba provocatoria la negativa de Varsovia ni el apoyo a la misma del ministro británico Chamberlain. Corría el agosto de 1939. Serrano Súñer comentó con Franco que una victoria aliada acabaría con los frutos de la guerra civil. No cabe duda que buena parte del ejército español y de sus políticos de entonces consideraban imparable la fuerza militar alemana. Pero no todos aconsejaron a Franco en el mismo sentido, entre otras cosas porque Inglaterra contaba con la capacidad aérea suficiente para bombardear las ciudades españolas. Por otra parte Franco no olvidaba la posición de neutralidad durante la guerra civil mantenida por Gran Bretaña. Además la amistad del caudillo con Salazar, reforzada por el Pacto Ibérico y anexos, aseguraban aún más la posición de no beligerancia inglesa, pues por aquellos años se había reforzado la amistad luso-británica.

Franco acomodó su política a la evolución de la segunda guerra mundial. Temía la victoria de Rusia y también la presión que las potencias occidentales podrían ejercer en el futuro contra un régimen dictatorial en una Europa democrática, pero tampoco se hacía ilusiones sobre las imposiciones que tendría que soportar de una Alemania victoriosa en cuanto a pretensiones territoriales, libertad de frontera y, probablemente, a la imposición de una ideología de la que Franco carecía y, en el fondo, no compartía. La dictadura era él, la de un

militar duro y nacionalista, de tradición monárquica, rodeado de militares alfonsinos y de otras fuerzas de derecha que no veían con simpatías el totalitarismo anticatólico de Hitler. Además, y a medida que pasaban los meses, las relaciones de Franco con la Santa Sede tendían a un claro mejoramiento, a pesar de algunos roces entre Serrano Suñer y el cardenal primado, sobre todo por la negativa de Pio XII a acceder a la concesión del derecho de presentación de obispos que solicitaba el gobierno franquista. El Vaticano endureció sus posiciones en esta materia, probablemente por el miedo a que demasiados sacerdotes filofalangistas accediesen a la silla episcopal. Pero al mismo tiempo, y para evitado, mandaba señales inequívocas de apoyo al régimen. Franco, pues, temeroso del Eje y de los Aliados, acogió gustoso los lazos de amistad con el Vaticano, accediendo a numerosas peticiones sobre materias importantísimas. Por su parte la política de Pio XII trató de potenciar dentro del nuevo estado español la fuerza de los grupos católicos, como por ejemplo la Acción Católica, y la de los políticos provenientes de la monarquía, prácticamente todos ellos católicos. Franco intentó mantener, gracias a la variedad de fuerzas internas que le habían apoyado para ganar la guerra, una triple política exterior: de unión con el Vaticano, de neutralidad con los Aliados y de simpatías no comprometedoras con el Eje. El Caudillo se apoyaba en unos y otros para evitar la entrada de España en guerra. Estaba al corriente de que un grupo importante de generales — Aranda, Orgaz, Kindelán etc. — habían recibido dinero de Inglaterra con la promesa de presionar sobre Franco a favor de la total neutralidad. Es verdad también que durante algunos meses Serrano Suñer había convencido prácticamente a Franco acerca de la imposibilidad de que Inglaterra soportase el acoso aéreo del mariscal Goering.

La resistencia heroica de Gran Bretaña equilibró de nuevo la situación, pues una declaración de guerra supondría el ataque de la aviación británica. Todo ello acaecía antes del encuentro de Hendaya. El Protocolo resultante daba oxígeno al ala franquista favorable a la intervención. España daba su aprobación al Pacto de Acero, firmado por Italia y Alemania el 22 de mayo de 1939, y se declaraba disponible a entrar en el Pacto Tripartito, concertado para el 20 de septiembre con Japón. La entrada de España en guerra quedaba subordinada a las ayudas militares de los alemanes y a las concesiones en el norte de Africa. «Hay que subrayar también — como escribe Marquina — que la alianza con los países del Eje implicó servidumbres de extraordinaria gravedad en el campo policial, en el servicio de información, en la colaboración entre los estados mayores, y en el campo económico, mucho más profundas que las hasta entonces mantenidas». Pero como las condiciones no se cumplieron y España tenía que sobrevivir, en febrero del año siguiente se firmaron acuerdos comerciales con el Reino Unido. Poco después Serrano perdía la cartera de Gobernación, permaneciendo como titular de la de Asuntos Exteriores. Presionó lo que pudo para acelerar la entrada de España en guerra, pero el 22 de junio de 1941 la invasión alemana de Rusia relegaba a un plano secundario la cuestión española. Por si fuera poco los Estados Unidos inte-

rumpieron en gran parte sus relaciones comerciales con España y en diciembre del mismo año entraban en guerra. Cuando en junio de 1942 Serrano Súñer visitó Roma había cambiado ya de opinión sobre la oportunidad de la participación española al lado del Eje. En el verano de ese mismo año Serrano Súñer dejaba la cartera de Asuntos Exteriores. No quedaba otra solución que un mayor acercamiento a Portugal y al Vaticano, en base al cual España solicitaba de Alemania que abandonase la persecución religiosa contra los católicos.

Los desastres militares de Yon Paulus en Stalingrado, de Rommel en el norte de África y la caída de Mussolini en septiembre de 1943 no hicieron más que aumentar la cautela española. Los efectos no se hicieron esperar. Entre otras decisiones importantes Franco abría la frontera del Pirineo a los refugiados franceses, una vez que las tropas de Hitler invadieron la Francia colaboracionista de Vichy; el 25 de septiembre la División Azul abandonaba definitivamente el frente ruso; en fin, el 1 de octubre Franco proclamaba nuevamente la política de neutralidad.

De cualquier forma la simpatía de los gobiernos españoles y sobre todo de la prensa que de ellos dependía seguían demostrando una posición favorable al Eje. Sin embargo las victorias aliadas encontraban eco en la actitud española, en especial modo cuando las presiones políticas y comerciales americanas obligaron a Franco a cortar los suministros de wolframio a Alemania, material indispensable para la economía de guerra. Poco después la misión militar japonesa abandonaba Madrid. Cuando el 2 de agosto de 1944 moría el general Jordana y Franco lo sustituía con Lequerica, ex embajador en Vichy, se pensó por algún momento que el Caudillo seguía apostando por Alemania. Los hechos demostrarían lo contrario. El nuevo ministro, muy pragmático y conocedor de la política americana, estableció una serie de contactos comerciales y políticos que alejarían, en la práctica, a España de la influencia alemana y sentarían las bases de los futuros acuerdos bilaterales. Uno de esos acuerdos, el del transporte aéreo, colocaba nuevamente a España, por paradójico que pueda aparecer, en situación de “no beligerancia”, pero esta vez a favor de los aliados, o por lo menos de los Estados Unidos. El convenio del transporte aéreo sirvió también a los cazas y bombarderos americanos para seguir destruyendo las ciudades alemanas desde ramplas españolas, construidas, según parece, para tal fin.

Resumiendo:

el 4-9-1939 España declara la neutralidad

el 13-6-1940 España declara la no beligerancia (a favor del Eje)

el 1-10-1943 España declara nuevamente la neutralidad

en el octubre de 1944 España declara la no beligerancia
(a favor de Estados Unidos).

Creo, sabiendo de argumentar sobre materia delicada y compleja y a pesar de conocer nuevas interpretaciones (Tusell) sobre la disponibilidad por parte de Franco para entrar en guerra al lado del Eje, que los vaivenes de la política exterior española ponen de manifiesto dudas y divisiones internas entre las diferentes familias del franquismo, pero confirman la voluntad del Caudillo de conservar su independencia política respecto al conflicto mundial. En este caso, las palabras de Scal- faro suenan a metedura de pata diplomática y a inoportunidad política, pero no a falsedad histórica. Metedura de pata aún mayor si consideramos que el gobierno de Aznar, actualmente en el poder, pretende a toda costa olvidar que su partido no está totalmente libre de improntas franquistas, a empezar por su fundador Manuel Fraga Iribame, ministro del anterior régimen. Inoportunidad también frente al rey, del que nadie hoy discute su fe democrática, pero, tampoco olvida su pasado de delfín del Caudillo y sucesor del mismo por voluntad expresa del dictador. No cabe duda, por otra parte, de que la ruptura entre el fascismo y la república italiana, simbolizada macabramente en las imágenes de plaza Loreto de Milán, dista mucho de la coronación de Juan Carlos rodeado en tan importante ceremonia de gran parte de los máximos jerifaltes del último franquismo.

Es verdad, en Madrid hacía calor a finales de junio de 1996, pero además el subconsciente y la memoria histórica no ayudaron demasiado al presidente italiano, testigo de tantos años de historia del presente siglo.